

un científico social libre

conversando con waldo ansaldi

colectivo peripecias

Ansaldi se acercó al “Joaquín V. González” a charlar con nosotros sobre su trayectoria como docente e intelectual. Después de varias horas de charla nos llevamos sobradas muestras de su generosidad. En el tono cordobés y en las referencias a Marx y a Gramsci nos resuena el eco de aquella “Turín latinoamericana”, pesadilla de los dictadores. Su nombre salta como referencia inmediata ante las preguntas sobre la formación de la burguesía argentina, el surgimiento del estado nacional, los conflictos obrero-rurales o el problema de la hegemonía. Consagrado investigador, pero con unos cuantos años al frente del aula, nos cuenta acerca de su formación, su experiencia docente y su visión de la problemática relación entre teoría y realidad social.

En su proceso de formación como intelectual existe una densidad histórica que tiñe todo con su coloratura y entremezcla prácticas y actividades, intenciones, que en la actualidad, por ser otra la densidad histórica, parecen andar por andariveles separados. Militancia estudiantil, investigación, estudio, teoría, docencia. En la Córdoba de los 60's-70's, todo este conjunto de prácticas se confunde hasta articularse en una totalidad compacta. Waldo habla de clima epocal. Releyendo la charla desgrabada, entre mates, nos parece que esta dimensión epocal es central para entender su proceso de formación, sus filiaciones teóricas y sus núcleos de interés.

Hablando del “clima” (y de su acercamiento a Gramsci), duda acerca de si él fue en busca del comunista italiano o si, al revés, en realidad este lo buscó a él. Puede que un tiempo insurgente reclame ideas insurgentes para leerse a sí mismo y ni Waldo, ni nadie, está por fuera de su tiempo. Para él: “tiene que ver si en parte con este clima epocal, en el que la reflexión sobre la realidad estaba vinculada con la idea de que la realidad era factible, no solo de ser explicada sino de ser transformada. Un poco la tesis de Marx sobre Feuerbach: no solo se trata de interpretar el mundo, sino de transformarlo. Un poco ese era el clima en el que me formé”.

Inmersos en este clima, aparecen distintos espacios, distintos nombres, distintas incidencias, que jalonan su proceso de formación. Uno de estos espacios era el gremial-estudiantil. Nos dice: “yo era dirigente estudiantil, presidente del centro de estudiantes, miembro de la federación universitaria, de modo que esto se mezclaba siempre entre todos nosotros. En la federación universitaria había tres grandes líneas: la franja morada, la FEDE y la izquierda independiente, que era bien heterogénea e iba desde la izquierda nacional de Abelardo Ramos hasta el guevarismo. Entonces en ese abanico las discusiones eran formidables, desde teoría, desde política, sobre explicación de los procesos históricos del pasado y del presente, vinculado además con las denuncias de las maniobras fraudulentas que hacían algunos docentes o la mala calidad de la enseñanza. Era un ejercicio bien interesante, no era una mera discusión abstracta de andar por las ‘nubes de Úbeda’ respecto de la revolución”. Recordemos, todo esto “en un contexto como el de 1970: un año después del Cordobazo, un año antes del Viborazo, en una ciudad en donde la unidad obrero-estudiantil no era un slogan sino una realidad viviente y cotidiana. De hecho quienes éramos dirigentes estudiantiles transitábamos por algunos de los principales sindicatos, particularmente el de luz y fuerza de Tosco, pero también con la propia CGT (...) de modo que había una interacción interesante que se potenció después del asesinato de Santiago Pampillón un poco más atrás en el 66 y, obviamente entre el 69 y el 71, en un contexto de mucha efervescencia”.

Otro de estos espacios era el académico, distinto pero no escindido del clima general. Waldo reconoce haber tenido “una muy buena formación de grado, muy heterogénea, porque teníamos profesores de distinta orientación teórica-metodológica y de concepción de los procesos históricos, pero incluso con los que no estábamos de acuerdo, algunos de ellos, como eran sólidos en sus concepciones, también se podía discutir en otros planos”. Dentro de este espacio, en la charla resaltan dos nombres: Francisco Delich y Oscar Del Barco. “Del Barco estaba vinculado al grupo Pasado y Presente en el campo de la filosofía. Con él, aprendimos mucho a trabajar la Escuela de los *Annales*, particularmente Braudel, y me acuerdo todavía hoy, que en el coloquio me preguntó ‘¿qué quiso decir Braudel cuando escribió que ‘lo social era una liebre muy esquivia?’”. ¿Del Barco tiraba a matar en el coloquio? Sin doble sentido. La respuesta de Waldo parece indicar que no: “Con esa pregunta, él invitaba a reflexionar lo que el autor quería decir con esa metáfora, lo que era un acercamiento fantástico, porque lo

obligaba a ir a uno mucho más allá de la mera repetición de lo que un autor decía. Con Del Barco también fue mi primera aproximación más o menos sistemática al pensamiento de Gramsci, que yo después completé con mi amistad con Pancho Aricó”. Si con Del Barco tuvo su primera aproximación a Gramsci y a la Escuela de Annales, con Delich se hizo de sus primeras herramientas sociológicas de análisis y crítica: “Francisco Delich, cuando vuelve de Francia, vuelve de una excelente formación, con Henri Lefebvre, con Alain Tourain y, bueno, todo eso también se tradujo en un seminario que hacíamos en la facultad del derecho, en la sección de sociología del trabajo. Ahí aprendí mucha sociología, mucha teoría sociológica, y a debatir y a refutar el estructural-funcionalismo que era la corriente sociológica predominante”.

Sumado al clima setentista, la militancia estudiantil, el contexto cordobés, las clases con Del Barco y los aportes teóricos de Delich que van marcando una impronta, la amistad con José María Aricó –marxista latinoamericano, inspirador de la revista Pasado y Presente, difusor del pensamiento de Gramsci, editor y traductor de Marx, y un largo etc.– contribuye a terminar de delinear los contornos ideológicos y políticos del joven Ansaldi. “Si bien yo no fui nunca parte del grupo Pasado y Presente, tuve una vinculación personal con buena parte de ellos, con Pancho Aricó fuimos vecinos, incluso hablábamos a través de la tapia”. Desconocidos canales urbanos del itinerario del gramscismo argentino. Maestro y “compañero del alma” son las palabras de Miguel Hernández que Ansaldi elige para cerrar, con una dedicatoria a Aricó, un ejercicio de “traductibilidad” de las categorías gramscianas a la realidad latinoamericana. El aporte de “Pancho” a su formación fue clave. De hecho, Martín Cortés, estudioso del pensamiento de Aricó, llega a proponer al ejercicio de la traducción como una “clave de lectura” que estructura la especificidad del marxismo de Aricó. Siguiendo a Cortés en este punto, el vínculo de Ansaldi con Aricó es inescindible.

docencia entre revolución, dictadura y democracia

A los y las profes de Historia nos gustan los contrastes, porque ese ejercicio de poner el presente a contraluz del pasado nos habilita a ver los rebordes, nos muestra que las cosas no se desenvuelven siempre de la misma forma, e ilumina sobre las potenciales posibilidades de transformación. En este sentido, la primera pregunta que le hicimos a Waldo fue “¿Cómo era dar clases en los 70’s?”, a lo

que nos respondió sonriente “dar clases era una experiencia fascinante”. Sin embargo, si la “experiencia” es, como decía E.P. Thompson, la marca del ser social sobre la conciencia social, la transformación en el ser social de nuestra nación –dictadura de por medio– no podía dejar indemne la experiencia de pararse al frente del aula a enseñar. En la charla con Waldo, esto salta.

Ansaldi se recibió a fines de 1972. Le tocó recibir su diploma justo el 29 de mayo de 1973... Conversando se justifica por no haber ido ese día a la ceremonia: “Aniversario del Cordobazo, con Osvaldo Dorticós en un acto de homenaje a los obreros asesinados por la represión... ¿cómo iba a ir al acto de colación frente a este momento histórico irrepetible? Así que bueno... a varios de nosotros nos dieron el título en ceremonia privada unas semanas después... Y eso, claro, no deja de ser movilizante, y metía todo en una cosa en que cualquier tipo de reflexión sobre el conocimiento de la realidad estaba inmediatamente vinculada con lo que estaba pasando en el país”. El “clima” vuelve a mezclar todo.

Nos cuenta que comenzó su carrera docente de manera un poco inusual: “yo me recibí a fines de 1972 y a la semana de haberme recibido me presento a un concurso para un cargo de ‘docente en formación’ para enseñar sociología a arquitectos. La Universidad de Córdoba tenía en ese momento, o la facultad de arquitectura, una experiencia de formación pedagógica formidable, que se había llamado el ‘Taller Total’, que era la formación de arquitectos brindándoles además de formación estrictamente arquitectónica, urbanística y tecnológica, un contenido que apuntaba a conocer las condiciones socioeconómicas, en ese caso de la ciudad de Córdoba y por extensión del Gran Córdoba y la provincia (...) Una experiencia de interacción de disciplinas formidable, que duró hasta marzo de 1976 cuando la dictadura intervino la Universidad y la experiencia se cortó. Entonces, este fue como un salto muy abrupto de mi condición de recién egresado a lo que se dio en llamar ‘docente en formación’, y al cabo de un año nos hicieron una evaluación y pasamos a ‘docente formado’”. Simultáneamente, en el ’73 empieza a dar sociología rural para estudiantes de agronomía, en lo que era, en ese entonces el Instituto de Agronomía, e historia social argentina en la Escuela de Artes, para estudiantes de plástica, música, teatro y cine.

De manera poco tradicional, y dentro de este clima propicio para las mezclas, política y pedagogía también se fundían: “en artes, historia social y argentina,

aplicaba el método retrospectivo: empezábamos de hoy y de ahí íbamos hacia atrás, al revés de la cronología usual (...) de modo que también, eso era un aliciente adicional para quienes teníamos compromiso político, poder empezar dando la materia con lo que estaba pasando cotidianamente era un elemento adicional formidable”.

“Ahí, entonces, a caballo entre la sociología y la historiografía, empezó mi carrera docente”. El '76 marca un primer corte de su experiencia docente. En el '77, ingresa a la secretaría ejecutiva de CLACSO y, en el '79, retoma su actividad docente en el posgrado de ciencias sociales de la FLACSO; “todos los que no estábamos en la universidad entramos ahí”. Mientras la bota militar pisaba la universidad pública, los cerebros migraban al ámbito privado. Reconoce que “la cosa empezó a aflojar ya en 1982, sobre todo después de la guerra de Malvinas el ambiente empezó a ser de discusión abierta, más público”. Con la transición democrática, asumen nuevas autoridades en la Universidad de Buenos Aires; la socióloga Susana Torrado es nombrada directora de la carrera de sociología y Waldo accede a la cátedra de Historia Social Argentina y Latinoamericana. Al mismo tiempo, mientras Luis Alberto Romero procede a la “profesionalización” de la carrera de Historia de la UBA (ver dossier), Waldo pasa de la cátedra de Introducción a la Historia que había tomado –que bajo la impronta de “romerito” se transforma en Historia Social General– a la de Argentina I. Bajo la superficie de estos cambios institucionales, sin embargo, se producen otras transformaciones no menores: las distintas prácticas que la densidad histórica del clima setentista parecía fundir –investigación y militancia/pedagogía y política–, empiezan aparentalmente a escindirse. Esta tendencia a la separación no deja intacto aquello de “fascinante” que tenía la experiencia de dar clases, de pararse al frente del aula.

Para Waldo, si “en los setentas había una imbricación muy estrecha entre conocimiento de la realidad e incidencia en la transformación de la realidad, en los ochentas no es que esto no existiera pero estaba claramente menguado”. El nuevo “clima” no deja de jugar su papel determinante: “quizá la diferencia más importante está en el clima epocal, porque en los setenta era el clima de la efervescencia de la revolución, y eso marcaba toda actividad docente, independiente si docente y estudiante tuviesen una posición u otra, y esto ya en los ochenta no, más bien la cuestión era el abandono de toda perspectiva

revolucionaria y la idea de revaloración y tendencia a consolidar la democracia”. La situación impacta de lleno en el mundo académico: por un lado en los estudiantes, “yo creo que los estudiantes de los setenta éramos mucho más lectores que los estudiantes de los ochenta y no hablemos de ahora (...) La progresiva pérdida del pensamiento crítico, el abandono de la teoría, de los conceptos, sobre todo en la historiografía es donde más se nota”; y por otro en los docentes, “recuerdo muy bien, una distinguida colega de la facultad de filosofía de la UBA, que conversando en un patio de ahí, de Puán, me dice ‘ay, Waldo, qué suerte, estos estudiantes de hoy no quieren saber nada con la teoría’; esa expresión era clarísima de hacia donde se orientaba toda la disciplina, la renuncia a todo aquello que había sido nuestro proceso de formación”.

La “primavera democrática” parece así haber impregnado con sus segregaciones la práctica docente hasta del propio Ansaldi, para quien de aquella “experiencia fascinante” de los 70’s, las clases empiezan transformarse en una rutina circular. Al referirse su trabajo en sociología durante la segunda mitad de los 80’s, dice: “los programas los fuimos armando, había que dar los dos cuatrimestres y yo di la materia más de 50 veces... Al final estaba re podrido, aunque uno cambiaba, matizaba, sacaba una cosa, agregaba una nueva bibliografía, dar siempre los mismos contenidos es realmente cansador”. Busca así salir del circuito rutinario abriendo un taller de sociología-histórica, o sea, innovando, “retazando disciplinas” para recuperar el contenido vital del que la historiografía se iba vaciando. De esta experiencia, saldrán los dos monumentales tomos sobre La construcción del orden en América Latina.

la necesidad imperiosa y urgente de la teoría

La eficacia disciplinante del terrorismo de estado no solo cortó los lazos de solidaridad que cohesionaban al mundo popular subalterno, sino también los vínculos entre esferas de la praxis social que antes tendían a fundirse: militancia e investigación, pedagogía y política. En buen marxista, podríamos decir: entre la teoría y la práctica. La “profesionalización” historiográfica y el “enfriamiento” del “objeto de estudio”, que cultivan los “profesionales” de la historiografía actual, tienen que leerse en esta clave. Una historiografía de invernadero, que se produce y reproduce a espaldas de las demandas sociales de sentido histórico.

Waldo visualiza esta situación: “en nuestras facultades se enseñan como metodologías lo que son técnicas de investigación y esta confusión es fenomenal (...). La teoría supone metodología, que no es lo mismo que técnicas de la investigación, supone conceptos, categorías. Teoría. Sin estos elementos me parece que no es posible hacer conocimiento científico”. En este sentido, nos interpela: “Ustedes saben bien, que provienen del campo de la historiografía, que hay cuatro preguntas básicas: ¿qué pasó? ¿cuándo pasó? ¿dónde pasó? ¿cómo pasó? Todo esto está fantástico. Pero si ese conocimiento quiere ser científico, requiere responder a la pregunta ¿por qué? Si uno no hace la pregunta por qué y no la responde, no hay conocimiento científico, lo demás puede ser fantástico, puede ayudar mucho, puede relevar y dar cuenta de algo, pero constituye un ‘tema’ y no un ‘problema’, y para que haya ciencia tiene que haber problema. Y esta es una cuestión fundamental, y me parece que es uno de los andariveles por los que se fue deslizando la historiografía”.

Se va hilando así un razonamiento: la necesidad de recuperar la teoría como forma de rescatar la problematicidad del conocimiento histórico, es decir, la densidad histórica del presente; la problematicidad del conocimiento histórico, a su vez, como garantía de científicidad y antídoto frente a un “profesionalismo” de técnicos que escinde la historia como disciplina o “campo”, con sus fríos “objetos de estudio” y sus “temas” a elección, de la realidad política, de la demanda de sentido histórico, de la vida social en general.

Cuando le preguntamos qué cree que fue su aporte intelectual, primero nos gambetea, aunque después nos devuelve la bocha con maestría: “no sé si me corresponde decir qué aporté o no aporté, tampoco me preocupa mucho... Yo me fui convirtiendo de un historiador económico social en un científico social libre, o en un científico social que hibrida retazos de disciplina, la historiografía, la sociología, las ciencias de la política, para realizar análisis sociohistóricos críticos de procesos políticos de larga duración. Y esto me parece que es innovador, y hacerlo recuperando la necesidad imperiosa y urgente de la teoría”. Se reconoce un heterodoxo, alguien que enfrenta el peligro del eclecticismo: “me gusta esta cosa de poder pensar mezclando, la heterodoxia me gusta, la posibilidad de mezclar a Braudel con Gramsci (...) esto no es igual a eclecticismo, no, hay que ser heterodoxo, este es el punto clave. Si uno se anota a una

ortodoxia...”. Los puntitos suspensivos completan la frase –¡quién sabe cómo termina!–. Se queda una línea del Lukács de *Historia y conciencia de clase* que aprendió de pibe: “lo único ortodoxo en el marxismo es el método, es decir la dialéctica, todo lo demás debe adecuarse a cada contexto histórico”.